

Lentes sobre la nariz

Mi padre fue el tipo más crítico durante las campañas políticas. Cuando yo volvía de trabajar y lo encontraba despierto, él aprovechaba cualquier tema de conversación para cuestionarme. Un día afirmaba que el Instituto Electoral no iba a permitir que ganara tal personaje, que se estaba gestando un fraude y que todo el mundo lo iba a permitir. “¿Tú crees hijo?”, “Dios me perdone”, terminaba sus frases.

Las primeras veces yo intentaba no discutir y respondía de manera calmada, si no había manera de hacerlo entender, dejaba las cosas por la paz y lo invitaba a sentarse o a cenar. Cuando esa discusión parecía terminada, al día siguiente, con alguna nota del periódico, volvía el tema: “todos son iguales”, me decía. “Los tenemos que cambiar”, le respondía yo.

Mi papá es una persona lúcida, un ciudadano crítico, un tipo cuya única fe la tiene en El Santo, “el Enmascarado de Plata”. Es un hombre que ha vivido muchos procesos electorales, algunos muy polémicos, como los que los libros de historia relatan en sus páginas. Él, como muchos ciudadanos, perdió la fe en las instituciones y que su hijo trabaje en una, más que causarle incomodidad creo que le causa gusto: así podía mentar la madre desde su cuarto hasta la cocina y se desahogaba como nunca había tenido la oportunidad, como si yo fuera el responsable de todo.

Otro día, cuando volví de trabajar, estaba sentado, con los lentes sobre la nariz, abrí la puerta, me miró de reojo y volvió al periódico. En sus ojos risueños, engañosos y valientes, sentí que había un ataque listo, había sido un día pesado, yo no traía defensas preparadas. Dobló los lentes y los guardó en su estuche, se puso de pie, caminó hacia a mí y disparó:

— ¿Y ya arreglaron las elecciones?

No entendí su pregunta, no la quise entender.

—¿Cómo?

– Sí, ¿ya arreglaron las elecciones?

Inocente y con las últimas balas que me quedaban para defenderme, fui irónico.

– Sí, ya están todos los funcionarios capacitados, la ubicación de casillas, llegaron las boletas...

Me detuvo con una risa.

–¿Ya saben quién va a ganar no?

No había más balas, no tenía nada para defenderme.

– Papá, si no confías en las instituciones, no votes. También es válido, eres libre de hacer lo que quieras, si no piensas que van a respetar tu voto, ¿para qué votas? Es como si en tu trabajo instalaras un aire acondicionado sabiendo que lo van a quitar a las dos horas. ¿Para qué lo pones?

Me levanté, dije buenas noches y me fui. No permití respuesta, no permití contraataque, que seguro él tenía algo preparado.

Duré unos minutos pensé en el tema y le di la razón, las encuestas y la gente en la calle decían que no confían en las instituciones electorales, mi papá no tendría por qué ser diferente. La gente y mis amigos me preguntan lo mismo que él y dudan de la labor de las instituciones, una y diez veces hice promesas bajo el pacto de un cigarro o de una cerveza de que no iba a existir un fraude, de que se iba a respetar la decisión de los ciudadanos. Yo, desde mi trinchera, estuve convencido de lo que decía, una y diez veces.

El día 7 de junio salí muy temprano de mi casa, estuve en la oficina; atento, tranquilo, recibí dos llamadas de amigos sobre dudas para ubicar su casilla; varios, en mensajes y fotos, ponían su pulgar pintado, algunos se hartaron de ver dedos pintados por doquier. Yo hice lo mismo, mi pulgar se fue a las redes sociales. Ese día fui a votar con normalidad, alguna señora afirmó que su crayón se borraba y que lo había comprobado. Otra persona preguntaba que por qué no había representante de su partido. El presidente, un maestro de mi preparatoria, fue tranquilo a explicar a cada persona y a atender cada duda.

Cuando salí de votar, sentí una satisfacción por las personas que entraban, personas que a diferencia de mi papá tenían confianza de que quienes decidirían en nuestro país éramos los ciudadanos en las urnas y por un momento tomamos las riendas de nuestra ciudad sin que el miedo a la inseguridad o la desconfianza por los fraudes nos aterrorizaran.

Volví a mi casa por un par de horas y no vi a mi papá, en realidad no vi a nadie en mi casa, ignoré la situación y no pregunté.

Al día siguiente todo parecía normal, no hubo tormenta, siempre hubo calma, los resultados hablaron por sí solos y los votos de los ciudadanos contaron. No hubo inconformidades ni incidentes mayores. Yo tenía una cita con mi papá para atacar, estaba con las balas cargadas. Al mediodía del lunes recibí un mensaje.

—¿Tu papá fue funcionario de casilla?

—No.

—Mira...

Era una foto de *El Informador* y, en efecto, atrás estaba un señor con los lentes sobre la nariz, arrancando una boleta del bloc y buscando un dato en una credencial. Me detuve en la foto, miré su rostro y era el mismo rostro que pone cuando está concentrado, el mismo rostro que pone todos los lunes detrás de su escritorio, el mismo rostro que pone cuando lee el periódico o ve el beisbol, era el mismo rostro, el auténtico ciudadano.

— Pues sí es mi jefe —respondí.

Mis balas seguían dispuestas. Llegué a mi casa por la noche para usarlas.

—¿Ves que no hubo fraude? —disparé.

—Pues no.

Él no disparó y yo sólo gasté una bala de las mil que tenía. Me quedé inmóvil y guardé silencio unos segundos. No atacó.

– Saliste en el periódico –rompí el hielo.

–Sí me dijeron. ¿En cuál?

–En *El Informador*.

–Ni me pidieron permiso.

Nos reímos y entendí muchas cosas que él también entendió ese domingo 7 de junio. No son las instituciones, no son las estructuras, no son los partidos políticos, no es el material electoral, son los ciudadanos de a pie, los ciudadanos que tienen fe en “el Enmascarado de Plata”, los ciudadanos con los lentes sobre la nariz, los que hacen de cada elección el mejor día de la ciudad, el día en que los ciudadanos deciden.

Ese lunes, después de gastar solamente una bala, respiré profundo y me senté a esperar a que mi papá volviera a mirarme por debajo de sus lentes con la mirada de acecho, no seremos rivales, seremos cómplices, como lo fuimos el 7 de junio, él por su lado y yo por el mío.

Autor: Carlos Javier Aguirre Arias

Seudónimo: Enmascarado de cobre